

El Eco de las Campanas

Las campanas de la iglesia sonaban fuertes aquella mañana, como si quisieran despertar no solo a mi pueblo, sino también al corazón de cada uno de nosotros. Yo, siendo niña, no entendía del todo por qué todos parecían tan emocionados. Para mí, las fiestas patronales eran días de mucha gente, calles llenas de colores, bandas haciendo tocar sus instrumentos, y bailes que nunca terminaban. Lo miraba con asombro, pero sin comprender su verdadero sentido.

Mi mamá y mi abuela me explicaban que aquello no era solo una fiesta. Que, en cada danza, en cada toque, como en la virgencita que recorría las calles, se guardaba la historia de nuestro pueblo, la fe que había acompañado a generaciones y la unión que mantenía viva nuestra comunidad. Yo escuchaba sus palabras mientras corría entre la multitud, sintiendo más la alegría que la devoción, pero sin olvidar lo que me decían. Con los años, comprendí lo que de niña apenas intuía. La fiesta patronal no es únicamente un acto religioso, es también un abrazo de la comunidad. Es ver a los vecinos que trabajan juntos para adornar las calles, a los bailes religiosos que ensayan semanas enteras para ofrecer su fe en forma de pasos y toques. Nadie queda fuera: cada persona, aporta algo para que la celebración sea posible.

Hoy, ya no solo observo desde afuera. Pertenezco a un Baile Religioso y cada vez que me visto con mi traje, siento que llevo sobre los hombros no solo mi fe, sino también la memoria de quienes me enseñaron el valor de esta tradición. Cuando bailo, recuerdo las palabras de mi abuela, la sonrisa de mi mamá, y me reconozco como parte de algo que trasciende el tiempo, lleno de fe y de amor. Las fiestas patronales nos enseñan que la identidad de Monte Patria no se encuentra solo en sus paisajes o en sus calles, sino en la capacidad de un pueblo entero para reunirse y celebrar lo que le da sentido.

Mientras camino entre las calles adornadas, escucho la risa de los niños que corren entre los puestos de la feria, siento que el tiempo no borra nada, gracias a nosotros nuestras tradiciones siguen intactas. Somos el lazo entre el pasado y el presente. Las campanas siguen sonando cada año, y aunque su eco ya no me sorprende como cuando era niña, ahora resuena distinto: me recuerda que pertenezco a mi tierra, a esta gente, a mi baile, a la comunidad, a mi historia y al pasado que nunca se perdió.